



Poesía muy mala

Ross Petras/Kathryn Petras

Editorial Random House
U.S.A., 1997.
páginas 144.

Comentario de
Miroslav Holub

En la práctica cotidiana, la poesía se divide en buena poesía, la escrita por nosotros, y la mala poesía, la escrita por otros, sobre todo por aquellos a quienes su filosofía y sus supersticiones o ilusiones convierten en extraños a nosotros mismos, o bien por quienes pertenecen a otro grupo o generación. El umbral objetivo de la calidad o aceptabilidad es –pese a las certezas de los críticos y teóricos– bastante vago.

Me causó entonces gran placer descubrir que se publicara el año pasado un libro editado por Kathryn y Ross Petras, dos personas que evidentemente no desdennan la diversión. El título de volumen es noble, claro y atractivo: *very bad poetry* (poesía muy mala). No se refiere a la mala poesía del presente. Eso sería peligroso, feroz y aún ofensivo e injusto. Podría dar lugar a venganzas y querellas. Con incuestionable pericia política los

editores se limitan a incluir nombres casi desconocidos del siglo XIX, con la única excepción del poema «la espina» de William Wordsworth. El desengaño amoroso tiene aquí esas consecuencias anatómicas: «en aquel día desgraciado/ un fuego muy cruel, se ha comentado/ en sus huesos fue avivado;/ su cuerpo consumió con prisa/ y de su cerebro hizo ceniza». Los editores mencionan a dos poetas actuales que querían aportar sus peores poemas lo que revela sin duda una notable generosidad. Con todo, señalan que esos poemas eran demasiado buenos como para ajustarse al patrón dominante. Difícilmente

podría alguien competir con Fred Emerson Brooks. Así termina su «vieja águila»: «siempre en lo alto, en el cielo/ lleva el blasón en su vuelo:/ en la Libertad y en Dios confiamos». Dentista de cierto prestigio y fundador de la Sociedad Estadounidense de Cirugía Dental, Solyman Brown recibió elogios en el *American Journal*

of Dental Science por su «inteligencia... ricamente imbuida de fantasía poética». Los cinco cantos de su poema la Dentología constituye una buena prueba: «Al abrir sus labios se veían/ cavidades de ébano estragadas/ fervores del amor celebraría/ esas visiones hondas y embriagadas/ de gemas de oriente núbilas de fulgor,/ furtiva huyó la fe decepcionada/ y con el asco no quedó ya nada/ ¡expiró el amor!». El primer Conde de Lytton, diplomático y «poeta byroniano», publicó profusos volúmenes con gravados que ilustraban sus pasajes más arrebatados, entre ellos el siguiente: «cuando entré a la habitación rosada/ de las cortinas un murciélago voló./ Por la ventana la noche se filtraba/ y en el vano mi amada se sentó// la guitarra yacía inútil en su falda/ pues ya ni una nota tocaría/ alguien le arrojó (hay, quién podría)/ a su garganta mortífera una daga.»

Un acierto más optimista se escucha en las odas de un canadiense

fabricante de muebles y fanático del queso, James McIntire. Su «Profecía de un queso de diez toneladas» declara: «quien tenga el don de la profecía/ un queso de diez toneladas vería/ varias empresas se unirán y en asociación el queso ofrecerán...// trescientas ricotas habrá que apretar/ para hacer este queso colosal// así Inglaterra se habrá confederado/ trescientas provincias en un solo estado/ cuando cada uno acuerde en eso/ de estar prensado como un gran queso.»

En total, aparecen en la compilación cuarenta y cuatro nombres y un puñado de poetas anónimos. Todo se conjuga en una lectura placentera y conmovedora, llena de un horror delicado y seductor. Parece increíble, pero la franca estupidez puede ser acaso más interesante que el refinamiento artístico o las honradas intenciones.

¿Cuáles son las características de la mala poesía? Los hermanos Petras observan que existe un talento especial según el cual el anticlímax sobreviene en el momento equivocado, las palabras incurren en una absurda

contradicción con el *pathos*, y se verifica un derroche apasionado de los artificios y recursos literarios.

En el caso de esta selección, el problema podía ser el siglo y esa atmósfera particular en la que lo que se lee bajo la forma de puro candor infantil estaba dotado de cierto brillo posromántico, y no se pensaba –como ahora– que las enseñanzas morales resultaban contraproducentes. Creo sin embargo que es posible derivar de aquí una lección general e independiente del tiempo: que la poesía fracasa en la reiteración inexperimentada y obsesiva de verdades ordinarias y en la formulación solemne de pseudo-reflexiones que no resistirían un contexto «no poético». Para decirlo en otras palabras, el fracaso se debe al remedo burlesco de un poeta que piensa que es una mariposa cuando en realidad es un gorgojo.

Muchos poetas incipientes de nuestra época posmoderna encontrarán aquí una fuente de inspiración, por lo menos en ciertos temas que los posrománticos tomaban en serio y que a nosotros nos parecen más bien graciosos. Pensemos en esto: la seriedad es uno de los requisitos de la poesía muy mala.

(Traducción: Pablo Gianera).
(Tomado de **Diario de Poesía**)

